

LA SERPIENTE-HADA DEL DESEO DE LO IMPOSIBLE

MARÍA EMILIA CHÁVEZ LARA*

*Y mira del ajénjo entre el vapor miasmático
Sobre del glauco líquido brillar el fuego errático
De la mirada verde de su fatal querida.*

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL

DE LA REVISTA AZUL A LA REVISTA MODERNA

Hay que ser *flâneur* en el Infierno y no sólo *voyeur*, entrar en sus recovecos y descubrir sus secretos. Buscar las “mejores malas compañías”, procurar tener al Hada Verde cerca, muy cerquita, dispuesta a convertirnos en poetas y, así, “consumar y consumir la existencia”.¹ Imagino a Bernardo Couto Castillo (1880-1901) con estos pensamientos al fundar la *Revista Moderna* cuyo primer número –hoy desaparecido– fue copiosamente obsequiado a los comensales de un bar.

* Profesora e investigadora, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

¹ Vicente Quirarte, “Excursiones a paraísos artificiales en la ciudad de los cinco lagos muertos”, conferencia dictada en la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, México, 22 de agosto, 2005.

Couto Castillo seguía los pasos de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), cuando, cuatro años antes, fundó la efímera *Revista Azul* (1894-1896), en la que podía leerse a Baudelaire, Poe, Gautier, Hugo, Wilde, Heine, D'Aurevilly. Si para los simbolistas la idea del viaje era más bella que el viaje mismo, los escritores de la revista estaban dispuestos a soñarlo más que a emprenderlo. Como los decadentes, se consagrarían al arte y a la belleza, por extraña que ésta pudiera parecer. “El arte es nuestro Príncipe y Señor”, escribió Gutiérrez Nájera –El Duque Job– al presentar su publicación.

Para la “loca de la casa” no teníamos casa y por eso fundamos esta Revista. ¡Azul!... ¿Y por qué azul? Porque en lo azul hay sol, porque en lo azul hay alas, porque en lo azul hay nubes y porque vuelan a lo azul las esperanzas en bandadas. El azul no es sólo un color: es un misterio... una virginidad intacta.²

Pero azul es también la Melancolía, el *spleen*, enfermedad que en el siglo XVII

² El Duque Job [Manuel Gutiérrez Nájera], “Al pie de la escalera”, *Revista Azul*, pp. 1-2.

mereció un tratado por parte del médico inglés Robert Burton, quien escribía de ella para no ser su prisionero. La melancolía no es un simple sentimiento de tristeza, es una patología que Freud relacionaba con el duelo y la pérdida de la libido. Entre los griegos se originaba por el exceso de la bilis negra y daba nombre a uno de los cuatro temperamentos. Bajo la regencia de Saturno, el planeta de las desviaciones y las lentitudes, nacen los que no podrán esquivarla: locos, iluminados, poetas, taciturnos, dubitativos y suicidas. “La melancolía hace acopio del conocimiento: la meditación y la reflexión la acompañan: una cierta dulzura en la inactividad. Ser o no ser. El delito de haber nacido. La pregunta sin respuesta. El ritmo erótico sincopado”.³

El materialismo de la época, la incompreensión por parte de la sociedad, no pertenecer a ella y la extrema sensibilidad del artista, eran las causas del mal: “El spleen es una enfermedad moral, causada por el vacío que deja en el alma la sociedad... De esta enfermedad están libres los que tienen la fortuna de no tener imaginación ni sensibilidad”.⁴

Contra la melancolía, la belleza. “Nada es verdad más que lo bello, nada es verdad sin belleza”, afirmó Musset, a quien habrían de seguir los escritores mexicanos, en especial Gutiérrez Nájera.

En esta lucha titánica del ángel de la luz y el ángel de las sombras, aquellos que sientan arder en su pecho el sagrado fuego del arte, deben consagrar todos sus esfuerzos a inculcar en el espíritu del

hombre ese santo anhelo de la eterna belleza, ese ideal sublime que todo lo engrandece y purifica.⁵

Prioridad fue definir la belleza como un sentimiento estético que guía a lo infinito. Lo bello sustituyó a lo verdadero.

Para nosotros, lo bello es la representación de lo infinito en lo finito; la manifestación de lo extensivo en lo intensivo; el reflejo de lo absoluto; la revelación de Dios. Para nosotros el sentimiento de lo bello es innato en el hombre; es un destello de la naturaleza angélica, un ideal sublime que Dios presenta al espíritu como el término de sus luchas, como la realización de sus aspiraciones, como el bien supremo. Lo bello tiene que ser necesariamente ontológico: es lo absoluto, es Dios.[...]

[...] Si no lo sentís en vuestro espíritu, no pretendáis que nosotros os demos su definición: lo bello no se define, se siente.⁶

Sin ser en realidad decadentes –“fueron las flores del bien que preludiaron a las verdaderas flores del mal que llegaron años después”–,⁷ los escritores de la Revista Azul prepararon el camino para una nueva publicación.

“Abrigo la esperanza de que la Revista Moderna no sea el portavoz de una secta literaria exclusivista y fanática, el ‘Gato negro’ de la neurosis artística”, había escrito Jesús Urueta (1868-1920) cuando Tablada anunció que pronto aparecería la

³ Angelina Muñíz-Huberman, *El siglo del desencanto*, p. 40.

⁴ Francisco Zarco, citado por Vicente Quirarte, “La invención del dandy”.

⁵ Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en Belem Clark y Ana Laura Zavala, *La construcción del modernismo*, pp. 25.

⁶ *Ibid.*, pp. 14-15.

⁷ Rafael Pérez Gay, prólogo a Manuel Gutiérrez Nájera, p. LV.

publicación. Fue en julio de 1898 cuando el joven Couto Castillo –llamado cariñosamente Coutito por ser el benjamín de la familia y el más joven entre los escritores– mostró a Jesús E. Valenzuela (1856-1911) el primer número que todavía no circulaba.

Como Couto no tenía más dinero para pagar la impresión, invitó a Valenzuela a dirigirla y patrocinarla, proposición que fue aceptada de inmediato. Se decidió que Julio Ruelas (1870-1907) –“un joven cetrino y cenceño, siempre vestido en negro, con la nariz de cigüeña en un rostro dantesco cual de visionario que acabara de salir del infierno, sin hablar ni reírse jamás, silencioso y taciturno, pero de un bello corazón martirizado por una fantasía demoníaca”⁸ ilustrara la revista. Se alquiló un piso en la esquina de Plateros y Bolívar, “y de la noche a la mañana apareció la revista instalada en una espléndida casa señorial a la que se ascendía por amplias escaleras, y a cuyas salas se entraba sobre espesas y muelles alfombras para descansar en amplios sillones y espléndidos divanes...”⁹

El gobierno de Porfirio Díaz, con sus vaivenes económicos y la manipulación y censura que ejerció sobre las publicaciones, produjo desilusión en los escritores de la revista, quienes opuestos a la moral porfiriana, sin creer en la aparente bonanza y en contra de la represión, lucharon por crear espacios públicos y utilizaron el arte contra el porfirismo. No vivían, como se ha dicho, en una torre de marfil; participaban activamente en la construcción de un proyecto de nación, buscaban cultura y educación, estaban a

favor de la democracia. Contrario a la esperanza que mostraba Gutiérrez Nájera, alrededor de la Revista Moderna se percibía pesimismo, mas no apatía.

LA BÚSQUEDA DE LOS PARAÍSO ARTIFICIALES

Aunque los escritores modernistas se declararon afines al decadentismo, sus creaciones no lo son. La revista fue una mezcla de nacionalismo, afrancesamiento, decadentismo y simbolismo. A pesar del abatimiento mostrado, sus autores nunca dejaron de sentir esperanza por un futuro mejor. Salvo Couto Castillo, escribían con la mirada puesta en el cielo. Su literatura “más que melancolía está hecha de gritos; más que tristezas nocturnas, hay arrebatos; más que oca-sos, largas noches y luces meridianas, a veces enceguedoras”.¹⁰

El decadentismo fue entendido como una forma de modernidad en donde se incluye lo transitorio, lo fugitivo, lo azaroso, complementado con lo eterno e inamovible; la conciliación de contrarios. Las temáticas, tanto en la prosa como en la poesía, incluyeron tópicos considerados repulsivos; van del refinamiento a la barbarie, de la serenidad a la exaltación y del pudor a la incitación sexual.

Uno de los modelos a seguir fue Verlaine y su verso libre, ante el cual Gutiérrez Nájera se sentía desconcertado:

Leo los versos de Verlaine, y me pregunto: ¿Qué estoy leyendo? ¿No son versos?... unos no tienen rima.... otros no tienen metro... el pensamiento está en algunos tan enharinado, que no acierto

⁸ Rubén M. Campos, *El bar*, p. 38.

⁹ *Ibid.*, p. 39.

¹⁰ Pérez Gay, *op. cit.*, p. LVI.

a descubrir sus facciones... me gustan porque acaso yo también padezco de esta vida moderna... pero ¿qué son? [...] Revélase en toda esta literatura la presencia del alcohol, la de la morfina, la del éter.¹¹

Los modernistas buscaron la fusión de las artes, en especial de música y literatura en recuerdo de Orfeo –músico y poeta al mismo tiempo. Wagner ya había expresado que el más alto poema sería perfecta música, y la música no nombra, sugiere.

El propósito de la Revista Moderna sin embargo, no era más que el de reunir a los amantes de las letras y de las bellas artes en una reunión en la que hubiera intimidad y cordialidad; y logróse que desfilaran por las veladas muchos escritores y artistas, músicos, pintores y escritores que fueron tratados por el grupo modernista con afabilidad, por lo cual estrecharon los lazos de unión y amistad que hay siempre entre las gentes de pluma y las gentes que cultivan el arte musical o las artes plásticas.¹²

Amado Nervo, Alberto Leduc, Francisco M. de Olaguíbel, José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos y Bernardo Couto Castillo, cada uno con estilo propio, con formas únicas de percibir el mundo, a pesar de sus diferencias, compartieron la inspiración encontrada en la unión de lo divino con lo diabólico, la creación de paraísos artificiales y sobre todo, en el personaje de la femme fatale, mujer perversa que enloquece a los hombres y

–cual vampiresa– los absorbe poco a poco hasta dejarlos sin vida. Al ser un grupo que buscó, entre otras cosas, explorar la relación entre la literatura y las artes, se unió el dibujante Julio Ruelas, quien expresó en las artes plásticas lo que sus compañeros en las letras.

La mayoría de estos artistas probó con los llamados paraísos artificiales: el uso de drogas, abuso en el consumo de bebidas alcohólicas y ajeno –influencia de Baudelaire y el modo de vida francesa de mediados del siglo XIX. Señala Vicente Quirarte que, en este periodo, “Beber se vuelve una ocupación no sólo ética sino también estética”; y Rubén M. Campos narra cómo el consumo de ajeno va acabando con la vida de varios miembros del grupo y los llama “víctimas del bar”, y escribe:

... una vez decidido el bebedor, su gula se saboreaba al ver el cristal transparente de la fina copa de Bohemia en la que caía el chorro líquido del coñac, el topacio del vino de Xerez, el granate del Cinzano, la esmeralda del Piper, el ópalo del absintio o el ámbar de la cerveza. Extraían de los cubos de hielo las ventrudas botellas de la champaña diademada de perlas, para preparar una copa helada y servirla en una cratera abierta anchamente como flor.¹³

Muchos artistas bebieron de la fuente de inspiración que el ajeno constituía. El escritor Ernest Hemingway afirmaba que el ajeno era “una alquimia líquida que cambia las ideas”.

¹¹ Manuel Gutiérrez Nájera, “La nueva Santísima Trinidad”, *El Partido Liberal* (3 de abril de 1892), citado en Pérez Gay, op. cit., p. L.

¹² Rubén M. Campos, op. cit., p. 116.

¹³ Rubén M. Campos, *El bar*, p. 32.

EL HADA VERDE

De sabor amargo y anisado, el ajenjo –conocido también como absenta– se convirtió en la bebida más popular del siglo XIX. Personajes como Van Gogh, Manet y Picasso, entre muchos otros, contribuyeron a hacer aún más grande su fama. Defendían que la absenta potenciaba la creatividad.

Aunque el ajenjo se utilizaba en la antigua Grecia con fines medicinales, fue hasta 1792 que un doctor suizo, Pierre Ordinaire, inventó lo que después sería la bebida más popular a finales del siglo XIX y principios del XX: la absenta. Destilada de hierbas aromáticas –principalmente ajenjo– la bebida fue publicitada como “remedio para todo”.

En 1797, Henri Louis Pernod compró la receta y comenzó la destilación en Suiza; un año después se mudó a Francia. La bebida fue conocida como La Diosa Verde o La Musa Verde, pero al ser usada para curar cualquier cosa se le dio el apodo de La Fée Verte o El Hada Verde, sobrenombre que le quedó para siempre.

Cualquiera que sea el eufemismo con que se la llame –diosa, musa y hada se encuentran emparentadas con la mujer fatal. El ajenjo, contrario a lo ocurrido con las hadas de los cuentos infantiles, no augura un final feliz.

La palabra hada proviene del latín *fatum* –destino–, y de *fata*, nombre que designa a las diosas del destino. Las hadas son entonces diosas que saben qué sucederá con los hombres, es decir, lo que el *fatum* tiene reservado. Las mujeres fatales son pues, mujeres feéricas, mujeres que se nos tienen destinadas, inevitables. Las hadas son susceptibles y caprichosas. Pueden ser benévolas o ma-

lévolas. No necesitan alas para volar ni varitas mágicas para realizar sus encantamientos. Tienen apariencia y estatura humanas y sólo se distinguen de las mujeres por su belleza sobrenatural y sus poderes mágicos. Aunque suelen vestir de verde, el color rojo no se descarta. Son enamoradizas y, aunque cuentan con complementos feéricos masculinos, no se sienten satisfechas, por lo que suelen seducir a hombres –generalmente artistas–, quienes no pueden resistir al encanto que las hadas lanzan sobre ellos. Premian a los humanos que exploran libremente la sexualidad al tiempo que exigen de los mortales un comportamiento virtuoso. Como se observa, las hadas no distan del concepto de *femme fatale*.

Por si fuera poco, estos seres se han asociado –al igual que las musas– a la capacidad de creación artística, pues se dice que ellas otorgan el don de la sensibilidad y la genialidad.

EL DESEO DE LO IMPOSIBLE

Con la arraigada creencia de que los paraísos artificiales transforman cualquier producción en obra de arte, Bernardo Couto Castillo murió en 1901 –a los 21 años– víctima de excesos etílicos. En sus obras se observan los lineamientos generales que los modernistas perseguían dentro de su estética: pesimismo, rebeldía, hedonismo que lleva a la culpa y culpa que vuelve a llevar al hedonismo, melancolía.

Couto Castillo, al escribir sobre la diosa-musa-hada del ajenjo no fue ajeno –quizá de forma inconsciente– a las creencias en torno al mundo feérico.

En La Canción del Ajenjo –poema dedicado a José Juan Tablada, y publicado

un año después de la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera— vemos los espejismos creados por el encanto de la absenta:

Yo soy para ti, poeta, desheredado o afligido, la deseada ambrosía del olvido —del olvido donde se hunden los dolores./ Yo, la verde diosa de la quimera, yo, quien a tu mente, hoy oscurecida por el pesar, da los ensueños color de rosa, los exotismos, los refinamientos de la ilusión. Yo puedo hacerte ver —como a Fausto el maravilloso espejo— la mujer, que si tu destino fuera menos cruel, te amaría.

El hada es llamada “diosa de la quimera” aludiendo a su poder de crear espejismos y hace ver al poeta que no habrá mujer que lo ame. La única amante que tendrá será la absenta.

Y continúa con las ensoñaciones:

¡Yo, perla de ópalo, caigo gota a gota, gota a gota con triste ritmo —algo del ritmo de una campana tocando a funerales— y al hundirme en el fondo del vaso formo vapores azulados, nubes azuladas de donde surgen las quimeras que la vida —duro fardo— jamás pudo darte!

Katharine Briggs, autoridad en el estudio de los territorios feéricos, ha querido ver en las hadas una metáfora de la muerte: en el país de las hadas el tiempo transcurre de manera arbitraria —pueden transcurrir siglos en tan sólo un instante—; allí no hay dolor o pena, no hay hambre ni sed. Nadie envejece. No hay muerte, pues no se puede morir dos veces. Y por supuesto, es la muerte lo que el fatum nos tiene preparado.

Y el hada verde, en la voz de Couto, nos dice:

¡Cadáveres existen que sin mí, sacudidos estarían aún por alas poderosas y brutales, por las inflexibles alas del negro cuervo de la desventura!/ Y también, cuando el inevitable momento al que a cada paso nos acercamos llega, a cuántos dio mi amargura el valor para sentir y bien acoger a la Todopoderosa!

“¡Soy amarga, pero mi amargura endulza los espíritus de hiel, yo doy la dulzura del no sentir, del no pensar, del no llorar.” Palabras que nos recuerdan los versos de W. B. Yeats: “...la tierra de las hadas,/ donde nadie envejece y se ensombrece,/ donde nadie envejece y se envilece,/ donde nadie envejece y se llena de amargura.”

Las hadas, entre otros poderes, tienen el don de la licantropía. Son comunes las historias de hadas-foca, hadas-pep, hadas-cisne. Pero también, aunque menos comunes, existen las hadas-serpiente. La historia del hada Melusina, condenada por su madre a transformarse en serpiente un día a la semana y que hace caer en desgracia a su amado, es el ejemplo por antonomasia de la creencia en estos singulares seres.

La serpiente tiene una extraordinaria importancia como animal simbólico en casi todos los pueblos: reflejo del mal en la cultura judeo-cristiana —en donde también se suele hacer énfasis en su aspecto seductor y se pone en relación con la mujer—, su veneno también puede ser empleado como medicina.

Couto logró una creación magistral al escribir sobre el hada-serpiente del ajenjo: “Del fondo de ese vaso levántanse irguiéndose y desenrollándose la verdosa serpiente del deseo —la serpiente de ojos de zafiro— la serpiente del deseo de lo imposible...” Si las hadas —cuando bondadosas— cumplen nuestros más

hondos anhelos, la diosa verde representa el deseo frustrado.

En las artes plásticas finiseculares encontramos artistas –aunque no mexicanos– que también se dejaron seducir por el hada del ajeno: en 1859, Edouard Manet pintó *The Absinthe Drinker*, obra en la que recrea a un hombre con una copa de ajeno. Por su parte, Edgar Degas, años más tarde, creó la obra *L’Absinthe*, en donde observamos a una mujer con la mirada perdida frente al licor. En 1863, Honoré Daumier creó sus *Absinthe Lithographs*. Más adelante –aproximadamente en 1893– Henri de Toulouse-Lautrec hizo lo propio.

Picasso fue uno de los más grandes bebedores de absenta, y al tiempo en que Bernardo Couto moría, pintaba su primera versión del bebedor de ajeno.

Se ha dicho que el ajeno ayudó a Vincent Van Gogh en su decisión de cortarse la oreja. Cierto o no, lo que se puede asegurar es que Van Gogh supo trasladar –en la obra titulada *Still Life with Absinthe*– un pensamiento de Oscar Wilde a las artes visuales: “Absinthe has a wonderful color, green. A glass of absinthe is as poetical as anything in the world. What difference is there between a glass of absinthe and a sunset?”

Casi cuarenta años después de que Couto escribiera su canción, Joseph Roth publicó en París *La leyenda del Santo Bebedor*, narración que descubre cómo las buenas intenciones de un hombre son destruidas por la absenta. Junto con esta novela, Roth mostró a su público un autorretrato en donde se puede ver al autor frente a la barra de algún bar consumiendo el elixir verde con la siguiente leyenda: “Así soy realmente: maligno, borracho, pero lúcido. Joseph Roth.”

No hay que dejar de mencionar los carteles publicitarios que se hicieron para promocionar la absenta. Uno de los más famosos fue el del ajeno Robette, aunque existe gran cantidad de obras de este tipo que vale la pena considerar por su valor artístico.

A pesar de que los modernistas tenían conciencia del mal que consumían en una copa de ajeno, decidieron, como narra Rubén M. Campos, continuar con la forma de vida que los paraísos artificiales ofrecían:

Todos sabemos qué mal fatal llevamos con nosotros, que nos acecha, de cuando en cuando, piadosamente, nos da un aviso preventivo: lo presentimos, lo vemos venir, lo sentimos ya en nosotros, en nuestros entorpecimientos musculares, en nuestras cóleras sordas, en nuestro trágico despertar después de una orgía, en nuestra amnesia que nos hace olvidar todo como si cayera un telón entre el pasado y el presente, en nuestra acrimonia para los seres más queridos, en el pavor constante porque no sabemos qué peligro nos amenaza, en los insomnios que ya no nos dejan dormir como antes, en las paralizaciones dolorosas de las extremidades que se nos duermen y que no podemos mover al despertar...¹⁴

En la literatura mexicana, en el periodo de 1887 a 1902, se han encontrado apenas una treintena de textos que hacen referencia al ajeno. Tras su análisis puedo sugerir tres etapas literarias:

La primera surge con el poema de Manuel Gutiérrez Nájera –poema en el

¹⁴ Ibid., p. 203.

que el autor se reconoce a sí mismo a través de Musset. Esta fase fue un acercamiento a Francia y a sus artistas. En ella se adoptaron ideas, técnicas y herramientas estéticas provenientes de Europa, que más tarde fueron transformadas.

Bernardo Couto Castillo fue el representante de un segundo momento, en el que el decadentismo, por medio de la melancolía, buscaba nuevas formas de examinarse hacia lo sublime y lo eterno.

Amado Nervo cerró la era mexicana del ajenjo. Con él se rechazó el decadentismo, se rechazó la imitación. Si bien es cierto que adoptaron elementos ajenos, también lo es que los modernistas crearon una estética propia.

Más allá de la simple imitación de la cultura francesa, Couto Castillo, como muchos de sus contemporáneos, tuvo un deseo imposible: la trascendencia artística.

Se cree que comer alimentos en el país de las hadas, o bien, que sean ofrecidos por una de ellas, hace que, irremediablemente, quien los consume sea capturado y hecho cautivo por estas doncellas. Pero en ningún cuento de hadas se advierte del peligro que se corre al beber lo que el hada verde nos ofrece: se camina directamente hacia la muerte cuando se prueba el néctar opalino. Todos los personajes aquí mencionados lo sabían bien, sin embargo, prefirieron hundirse en el fascinante abismo verde■

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Jad. *Hideous Absinthe. A history of the Devil in a bottle*. Madison, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 2004.
- Baker, Phil. *The book of Absinthe. A cultural History*. New York, Grove Press, 2001.

- Benoit, Noel y Peter Verte. *Absinthe. A Mith Always Green*. París, L'Esprit Frappeur, 2003.
- Becker, Udo. *Enciclopedia de los símbolos*; México, Océano, 1997.
- Brasey, Édouard. *El universo feérico* (cinco tomos); Barcelona, Olañeta, 2000.
- Briggs, Katharine. *Diccionario de las Hadas*. España, Alejandría, Olañeta, 1992.
- Campos, Rubén M. *El bar. La vida literaria de México en 1900*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz. *La construcción del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Conrad, Barnaby. *Absinthe: History in a bottle*; Chronicle Books, California, 1997.
- Gutiérrez Nájera, Manuel. "Al pie de la escalera", en *Revista Azul*, t. I, núm. 1, México (6 de mayo de 1894).
- Lecouteux, Claude. *Hadas, brujas y hombres lobo en la Edad Media. Historia del doble*; Barcelona, Olañeta, 1998.
- Muñoz Fernández, Ángel. *Bernardo Couto Castillo. Cuentos completos*; México, Factoría Ediciones, 2001.
- Page, Michael y Robert Ingpen. *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron*; Madrid, Anaya, 1986.
- Pérez Gay, Rafael. *Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Cal y Arena, 1996.
- Phillpotts, Beatrice. *El mundo de las hadas*; Barcelona, Ediciones Montena, 2000.
- Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*; México, Ediciones Cal y Arena, 2001.
- . "La invención del dandy". En línea <http://www.cronica.com.mx/1999/oct/17/dom02.html>. (Abril 11, 2005)